

CAPITULO CUARTO.

BONDAD DE PIO IX.

La paternidad es el carácter mas divino de Dios. El Cristo su Hijo se llama á sí mismo «Padre del siglo futuro.»

La Paternidad Divina de donde descende toda paternidad al cielo y a la tierra, es mas tierna, mas indulgente, mas vigilante que el amor maternal.

«La madre, dice el Señor a Jerusalem, figura de la Iglesia, ¿puede olvidar a su Hijo y no tener compasion del fruto de su vientre? ¡Ahora bien! aun cuando ella lo olvidase, yo no lo olvidaré jamas.»

Para gobernar la Iglesia, Pedro ha recibido esta llama celestial que Dios ha encendido en el corazon de las madres. Ha sido elegido, porque amaba mas que los otros a Cristo, y por consiguiente a la Iglesia. Así es, que este amor ha pasado al corazon de todos los Papas, y particularmente al de Pio IX. *

Roma tiene muchas magnificencias, pero lo que más ha impresionado á los peregrinos, y sobre todo a los Obispos, que han experimentado mas particularmente su actividad, es el amor invencible del Papa-Rey a Dios, a la Iglesia y al menor de sus hijos. Los monumentos, las ceremonias, las iglesias llaman ménos la atencion que la inefable bondad, que la caridad sin límites de Pio IX.

* La jóven princesa de Prusia visitando a San Pedro en compañía de su padre, se encontró con el Soberano Pontífice, que le dirigió algunas palabras. La princesa, aunque protestante, estaba llena de admiración. Se habia servido un refresco, y se le comprometia a sentarse a la mesa: ¡Oh! no, dijo ella, mi corazon está lleno; yo estoy harta de felicidad por haber visto y oído a Pio IX.

diócesis daban alumnos al Seminario frances. Se adelantó un poco mas, y continuó haciéndonos felices con una graciosa sonrisa de sus labios, y una palabra salida de su corazón: leía en el rostro de éste que era nuevo; decia á aquel que habia venido por la primera vez a la Ciudad Santa, y tal vez habia emprendido esta peregrinacion porque era pecador, pero que despues de su llegada a Roma, ya no lo seria: a este otro mas jóven, le manifestaba el interés que se tiene al Benjamin de la familia; para todos en fin, tuvo una palabra llena de oportunidad, espiritual y afectuosa. Y nosotros, recibiendo con un piadoso cuidado cada una de sus palabras, hemos estado trasportados de felicidad; esta bondad noble y simple nos ha llenado de admiracion, de respeto y de gozo.

«Despues de haberse dedicado a todos, Pio IX volvió al medio de la sala, diciendo: «Yo os voy a bendecir, a vosotros y a todo lo que teneis sobre vosotros, rosarios, medallas «y otros recuerdos:» despues, recogiendo y levantando los ojos al cielo, prosiguió: «Yo rogaré a Dios que haga descender sobre vosotros su espíritu, para que ilumine vuestra alma. Yo le rogaré que ilumine vuestro espíritu, primero, para vuestra propia direccion, a fin de que uniéndoos «siempre a la verdad, avanceis con seguridad en la práctica «de una sólida virtud; y en seguida, le conjuraré a que os «ilumine en el estudio de las ciencias, donde la gracia de lo «alto debe conducirnos todos los dias a nuevos progresos; «porque vos debeis instruiros, no solamente por vosotros, «sino tambien por los demás, y de esta suerte, al volver cada «uno a vuestras diócesis, iluminaréis a vuestros hermanos; «hay muchos que tienen necesidad de ser iluminados, en «Italia sobre todo, y tambien en Francia.» Despues dió su bendicion; pero apenas la hubo dado, cuando el afecto de sus hijos, vuelto ménos tímido por sus bondades, no pudo contenerse; y en el entusiasmo de su piedad filial, todos se arrojaron a las rodillas de Pio IX, para besarle con una respetuosa avidez las manos ó los piés.

«El Santo Padre, contento con nuestra felicidad, nos decia con una espiritual confianza: «Vamos, vamos, nos os «lastimeis, porque yo no tengo la facultad de curaros.» Y demasiado pronto aún, para nuestro ardor insaciable, se retiró con pena de en medio de nosotros, dándonos por última vez su bendicion. A la salida lo encontramos en la sala ménos íntima donde recibe a los soldados franceses; y allí algunos de nosotros más dichosos, pudimos recibir un recuerdo muy precioso, una medalla de mano de Pio IX.»

—————
Violetas ofrecidas á Pio IX.

Extracto de una carta del Sr. Abad Michardiere, de la diócesis de Luçon, a una hija de la sabiduría.

«..... Era el 12 de Diciembre de 1866, a las seis de la tarde, cuando fuí presentado al Soberano Pontífice; y os confieso que habia desesperado completamente el obtener esta audiencia en circunstancias tan graves y difíciles. Escribí sin embargo á Mr. Pacca, luego que tuve alguna libertad, hice anotar mi demanda por Mr. Baillés, y yo mismo la llevé al Vaticano, pero sin gran esperanza.—Cinco dias despues, un dragon de palacio bajaba del caballo a la puerta del Seminario, y me daba la respuesta de Su Excelencia. Era el 11 de Diciembre, en el momento mismo en que el pabellon frances se alejaba de Roma, es decir, en el instante mas crítico en que nos pudiéramos encontrar; la revolucion entretanto podia estallar de un momento a otro. Apenas podia creer a mis ojos.... En ella se me prevenia que Su Santidad se dignaba admitirme en audiencia al dia siguiente a las cinco de la tarde....—Yo agradecia mil veces a Dios un favor tan inesperado, y al mismo tiempo una gracia tan providencial para mí: era la víspera de mi entrada al retiro para la ordenacion. ¡Mayor felicidad no podia acontecerme! Al dia siguiente, pues, a la hora indicada, fuí al Vaticano,

y subí a la claridad de las lámparas que se reflejaban por todas partes (porque ya era noche), esas espléndidas escaleras de mármol, donde estaban apoyados sobre sus grandes lanzas, ó bien paseándose silenciosamente, los centinelas Guarda-Suizos, á quienes cualquiera tomara al ver su porte y bella actitud por caballeros de la edad media. ¡Nada es tan imponente, nada tan majestuoso y noble como el interior de este inmenso palacio, donde reina una tranquilidad soberana! Parece que se aproxima la más grande majestad del mundo: estos pacíficos esplendores donde brilla por todas partes la dulce imágen de la cruz, dicen elocuentemente que esta morada es, no la de un rey ordinario, sino la del Vicario de Jesucristo. A lo ménos bajo esta impresión fué como despues de haber atravesado siete ú ocho salas magníficas, fuí dejado solo en la sala del trono, donde debia hacer antecámara, y donde llegaron bien pronto algunos personajes que iban a tener audiencia.—El Soberano Pontífice trabajaba esta tarde en estos momentos con su camarero secreto, Mr. Ricci. Nosotros esperamos casi tres cuartos de hora. Las primeras audiencias fueron bastante cortas; a la tercera fui llamado. Mi corazón palpitaba de gozo y emoción. El Prelado me introdujo al gabinete de Su Santidad anunciándome por mi nombre, y se retiró inmediatamente. El Papa escribía: sin dejarlo de hacer y sin levantar los ojos me dijo en italiano: «*Acercaos, hijo mio, acercaos.*» Estaba sentado frente a su mesa, volteado hácia el interior de la cámara; yo llegué por su derecha; a la tercera genuflexion besé sus piés. Me tendió su mano que yo oprimia en mis labios con efusion, mientras que él me decia, mitad en frances, mitad en italiano: «*Ah!... de Luçon.... un Vandeano.... ¿pero ahí está vuestro antiguo obispo?....*»—Yo respondí: «*Sí, Santísimo Padre, gracias a su protección, he tenido la felicidad de acercarme a Vuestra Beatitud.*»—«*Ah! sí, sí, él es muy digno, muy santo.... ¿Y qué es esto, qué es esto?*» añadió él con un tono lleno de franqueza, viendo y tomando el ramo que yo tenía en la mano, pero todavía encerrado en

su estuche.—«*Oh! esto es muy bello, pero muy bello!*» replicó él, volteándolo por todos lados. «*Pero cómo se abre esto?*» Yo puse el pulgar sobre el boton, él mismo quitó el estuche, y el ramo se me quedó en la mano sobre su sostén. El lo volvió a tomar en seguida, exclamando: «*¡Ved cuán hermoso es el pequeño ramo!.... ¡sí, es muy hermoso! ¡es encantador!....*» Yo le dije de dónde y de quién venia este presente tan modesto, y que estas pobres flores eran el emblema de la ofrenda aun mas pobre que cubrian; y diciendo esto, le pedí el ramo. El buen Papa, viendo entónces las piezas de oro ocultas en la rosa blanca que yo acababa de descubrir, se puso a tocarla con el dedo, y me dijo riéndose y con un aire festivo: «*¡Radix! ¡Radix!*» es decir, *¡hé aquí la raíz!....* Despues me citó uno ó dos versículos de la Santa Escritura, que se aplican deliciosamente al asunto: «*Et flos de Radice ejus ascendet. Y una flor se levantará de su raíz.*» Despues otro, que significaba poco mas ó menos: «*Cual es la raíz del árbol, tal es su flor de donde nace el fruto.*» Yo he olvidado desgraciadamente el texto.—Le recordé en seguida que la comunidad de San Lorenzo le habia enviado recientemente para el Óbolo de San Pedro.... los que han sido presentados a Su Santidad por Mr. Baillés.—«*¡Sí! sí!*» dijo con un tono afectuoso y como acordándose (porque tiene una memoria admirable): yo añadí que habia querido ofrecerle esta suma aparte, a causa de su origen tan tierno y delicado.... Me dijo que la aceptaba con todo su corazón. Despues, volviendo a ver el ramo que estaba sobre la mesa y que le interesaba: «*¡Pero estas son flores naturales!....*» exclamó el buen Papa examinándolas. Yo respondí: «*Santísimo Padre, imitan tan bien las flores naturales, que tienen el mismo perfume.*» Entónces se puso a aspirarlas, y dijo con un aire contento: «*Verdaderamente tienen un olor de violeta.*» Despues de esta escena, que fué encantadora, le presenté la carta, y le pregunté si Su Santidad queria que yo la leyese.—«*Ah! yo no sé.... Puede que tenga muchos cumplimientos.... Yo voy a leerla para mí....*» Esto me pareció

Esta dulzura, esta bondad, esta caridad, esta paternidad maternal de Pio IX, es su fuerza, fuerza que será la salud del mundo, pues ha hecho pasar á todos los corazones la llama celestial que Dios ha encendido en el suyo. De ahí esta unidad de corazón y de alma que ha estallado en Roma, y que derribará al italianismo, porque la unidad todo lo puede cuando es la caridad de Cristo quien la liga. « Puede todo, porque es una » * dice la Escritura hablando de la Sabiduría que dispone el universo. Lo mismo sucede con la Iglesia: la unidad, he ahí su fuerza.

A pesar del cargo de su doble gobierno, a pesar de sus correspondencias sin número, sus *funciones* incesantes, sus largas oraciones, el Papa da todos los días tres horas de audiencia, en donde son admitidos los más humildes; porque todo católico está en el Vaticano en la casa de su padre. Las salas y los jardines están abiertos a todos; y los funcionarios parecen colocados más bien para indicar las entradas que para prohibirlas.

Como el Vaticano la ciudad entera es la casa paterna. Todo católico está allí en su casa, aun más todavía que la casa de su propia ciudad; porque más que la patria terrestre, Roma toca al cielo, verdadera patria del cristiano desterrado en la tierra.

En las audiencias y en las recepciones es donde la bondad de Pio IX aparece en su majestuosa simplicidad, en su dulce serenidad. Yo he tenido la dicha de asistir varias veces a ellas, en familia, con las caravanas, con mi obispo, con los soldados, y he salido siempre admirado por la inalterable dulzura y bondad del Santo Pontífice, y al ver adónde llega, los corazones que atrae y hasta dónde se extiende su influencia, he comprendido esta palabra de Cristo: « Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. »

Cristo ha derramado esta bendición sobre la cabeza de

* Cum sit una, omnia potest. Sap. VII., 27.

su Vicario para hacer a su pontificado uno de los más fecundos de la Iglesia. A los furores de los enemigos de Dios y del género humano, Dios opone el corazón de Pio IX. Se ve que la sabiduría que dispone todo con una dulce fuerza, *fortiter et suaviter*, reposa sobre él. Se ve « que él posee la tierra » porque de un polo a otro todos los corazones de buena voluntad son de él. Sus actos muestran al gran Pontífice, sus *funciones* al santo; el Padre se revela en las audiencias y recepciones. Nada puede fatigar su indulgente bondad, ni la multiplicidad de las audiencias, ni las indiscreciones de la ternura filial ó del celo. *

Hé aquí un bello retrato de Pio IX, trazado por Mr. Plantier:

« No solamente soy dichoso con obedecerlo, estoy celoso de verlo. Esta admirable intrepidez en el deber, esta noble imposibilidad ante las traiciones, las amenazas y los atentados sin cesar renacientes de la fuerza, esta serenidad maravillosa al través de las injurias más monstruosas y los más amargos dolores, todas estas virtudes heroicas y dulces esparcen sobre esta gran figura, yo no sé qué belleza que todas las almas cristianas presienten de lejos y aspiran al contemplarla de cerca. Si ellas están libres, no hay una que no vuele de las extremidades mismas del mundo para procurarse este piadoso goce. Y cuando ya se le ha podido tener; cuando se ha tenido la dicha de reposar un instante su mirada sobre esta frente de Pio IX, que ninguna nube ha podido oscurecer, y sobre el límpido azul de su ojo, a la vez penetrante y dulce, se le quiere volver a ver aún. Es un espectáculo en que el corazón queda siempre más ávido a medida que lo ha podido considerar más, y cuando se ha podido recibir de su mano tan paternal y de su voz tan grave y tan simpática una bendición, se siente una especie de tristeza incurable si está uno obligado a decirse que será la última.

* El conde de Maumigni.

Audiencias privadas de Pio IX.

Se lee en los *Sumarios históricos de Bruselas*:

«Las audiencias privadas tienen un carácter muy tierno y un poco más familiar. Pio IX se presenta con gusto y deja hablar a su corazón ante sus hijos. Un día recibió a algunos jóvenes belgas, católicos celosos, les hizo colocar alrededor de él, platicó con ellos con el abandono de un padre, les habló del presente y del porvenir con una calma, un olvido de sí mismo, una serenidad, una confianza en Dios, que llena a las almas de admiración; después les platicó de ellos mismos con una dulce familiaridad, les dió las gracias, y los bendijo. Otro día recibió al conde y a la condesa de***—«¡Ah! dijo al verlos entrar, qué bella mañana para mí! ¡qué dichosa casualidad me ha traído tan buenos católicos, tan excelentes personas!»—Acababa de recibir poco antes a Madama la marquesa de Pimodan, la condesa de Spaur, la familia de B. . . y lady Campden.—«Verdaderamente replicó él, es una muy bonita mañana para mí, la que ha traído a mi presencia tan buenos amigos.»—Después de algunas palabras sobre el mismo tono:—«¿Vos tendréis dos ó tres hijos?» dijo a la condesa de***—«Siete, Santísimo Padre.»—«Y yo, ocho» dijo el conde su esposo, que había sido casado dos veces.—«¡Tanto mejor! ¡Tanto mejor! siete y ocho, replicó él, son dos bellos números místicos: siete son las Virtudes; siete los Sacramentos; siete los Dones del Espíritu Santo; y ocho son las Bienaventuranzas.» De aquí tomó texto para dirigir a los dos esposos una corta pero tierna exhortación. Continuó en seguida conversando con un tono de paternal intimidad, escuchó sus demandas, platicó con ellos, y los despidió bendiciéndolos.

La bendición de Pio IX para los protestantes de Ginebra.

El padre Alet, misionero, acababa de predicar una estación en San Luis de los franceses. Antes de abandonar a Roma obtuvo una audiencia de Su Santidad.—Santo Padre, dijo el padre Alet, yo os pido una bendición especial para mi próxima cuaresma que debo predicar en Ginebra. Aun es Roma todavía; pero Roma de los hugonotes.—Sin embargo, respondió el Papa, nosotros los católicos vamos progresando en la ciudad de Calvino. ¿Cuántos católicos había en Ginebra al principio de este siglo?—Santo Padre, se contaban cerca de dos mil quinientos, comprendiendo en ellos la guarnición francesa; porque Ginebra era de Francia.—¿Y ahora cuántos hay?—Cerca de veintitres mil, esto es, más de la mitad de la población.—Otro de nuestros pequeños triunfos ¡oh Dios mío! exclamó Pio IX con una sonrisa y un entusiasmo indecible. Después, dirigiéndose al padre Alet: «Sí, yo bendigo al obispo, a su cuaresma y a su predicador, a todos los católicos y aun a todos los protestantes de Ginebra.»

Bella respuesta para aquellos que escriben todos los días que la Iglesia maldice a los herejes.

La Palestrina de Pio IX.

El célebre abad Listz trabaja en este momento en un *Oratorio* * intitulado el Cristo, cuya ejecución dicen que exigirá cerca de tres horas. El Soberano Pontífice ha sido el primero en tener algunos trozos ingeniosos de este *Oratorio*,

* Canto sagrado.

y despues de haberlos oído y vuelto a pedir, Pio IX ha abrazado a Frantz Listz exclamando: «¡Hijo mio, mi querido hijo, tú eres mi Palestrina!» Esta exclamacion de Pio IX, dice el autor de estas líneas, me recuerda la de Inocencio X a Bernin que acababa de hacer brotar el agua de su admirable fuente de la plaza Navona: hijo mio, por este espectáculo has añadido diez años a mi vida!»

(*Anales religiosos de Orleans.*)

Tu es Petrus.

El Vicario apostólico de Nankin en China, Mr. Languillat, obispo de Cergiópolis, *in partibus*, no habia visto jamas al Papa. Cuando se le introdujo en el departamento pontificio, se postró sobre el suelo, y levantando los brazos hácia Pio IX, se puso a gritar lleno de emocion: *Tu es Petrus!*

—Venid a mí, hermano mio, le dijo Pio IX.

—*Tu es Petrus*, replicó el obispo, *Tu es Petrus.*

Se arrastró de rodillas hasta los piés del Vicario de Jesucristo, el cual tan conmovido como él, le ha levantado, lo ha oprimido sobre su corazon, y ha mezclado sus lágrimas con las del obispo.

Pio IX en medio de los seminaristas franceses.

Se escribe de Roma a la *Foi Picarde*:

«Señor Director:

«Hemos tenido la felicidad de ser conducidos al Vaticano con todo el seminario frances el 15 de Diciembre; nuestros directores han tenido la dicha de poder, una vez mas, colo-

carlos bajo la mirada del inmortal Pio IX, y de recomendarlos de nuevo a su inagotable benevolencia.

«Es imposible pintar la bondad tan graciosa y llena de soberana dignidad con que el Santo Padre recibe a los sacerdotes, y sobre todo a los hijos de la Francia.

«Apénas el Santo Padre puso el pié en la sala donde sus hijos lo esperaban de rodillas, cuando al punto para inspirarles confianza, exclamó con un tono paternal y afectuoso: «¡Esto es magnífico! ¡esto es magnífico! ¡Aquí hay para convertir la mitad de la Francia!» Aludia a una palabra que ya le habia oído pronunciar con motivo de los alumnos del Seminario frances: «Si doce apóstoles han bastado para convertir a todo un mundo, ¿qué no podrán hacer cinco docenas de franceses, si son apóstoles y santos?»

«Despues de este prelude, tan propio para quitarnos la emocion llena de embarazo que se experimenta siempre a la vista del Santo Pontífice, agregó: «Yo no os admito al beso del pié, porque sois muchos; seria necesario para esto mucho tiempo, y yo quiero mejor emplear estos momentos en veros y dirigiros algunas palabras.» Despues se puso a dar la vuelta a esta corona de seminaristas que le rodeaban, radiantes de gozo y amor por su Padre, felices y orgullosos con depositar a sus piés, en su nombre y a nombre de todos los que representaban, el homenaje de su adhesión filial.

«Desde sus primeros pasos, Pio IX vió a un alumno que tenia entre sus manos algunos rosarios, y adivinando su deseo, el Santo Padre tomó estos recuerdos en sus manos venerables, y dijo: «Este sin duda es nuevo, pues está lleno de ardor.» Nuestro R. P. superior respondió: «Hace ya mas de un año que está en Roma, Santísimo Padre, pero para venir a recibir la bendicion de Su Santidad, el ardor no se enfria,» y continuó: «Este alumno es de Beauvais.»

«¿De Beauvais?» replicó el Papa, con un tono que indicaba que este nombre no le era del todo extraño é indiferente; «¿de Beauvais? ah! muy bien; este pais me es conocido.»

«Manifestó su gran satisfaccion al ver que casi todas las